

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscription.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 750 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: P. Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. J. P. Jones, 31, Park Row, New York; Mr. George B. Ke, 21, Park Row, Berlin; Rudolf Jasse, Jägerstrasse, 43, 49.—La correspondencia al Administrador.

LA CARIDAD, LA MISERIA Y LOS MENDIGOS

Los norteamericanos han empleado en obras de caridad durante el año que ha expirado más de 240 millones de dólares.

El año anterior hicieron igual y el que viene harán otro tanto y sin embargo el problema de la miseria, lejos de resolverse, se agranda y se compli- ca. Y lo mismo que en los Estados Unidos ó cosa muy parecida, ocurre en todas las naciones.

¿Cómo sucede esto? Pues muy sencillo.

La caridad es un movimiento irreflexivo de piedad ante la miseria des- carada y otorga un remedio momen- táneo á una necesidad duradera. Claro que la caridad así practicada, sobre que muchas veces deja recaer la dádi- va sobre miserias fingidas ó muy exa- geradas, no tiene eficacia como medio terapéutico, si se permite la expresión; es un paliativo nada más, que atiende las necesidades durables y apremiantes tan sólo por unas horas.

Sobre este inconveniente tiene la caridad practicada en la forma cor- riente de la pequeña limosna, el in- mentable defecto de obligar al necesi- tado á repetir á menudo el rebaja- miento de la petición, acabando por deformarlo en el sentido de la mayor abyección.

El pordiosero profesional es el últi- mo pedáneo en la escala de la degra- dación humana.

Un pueblo verdaderamente culto debería dar la limosna en forma de suscripción y con el producto de estas dádivas voluntarias deberían sostene- se recogimientos de ciegos para irre- mediabiles de la mendicidad, por ve- ridad incurable; hospitales para enfermos de dolencias físicas que tem- poralmente los invalida para la lucha por la vida y hospitales morales, es decir talleres correccionales, donde se acostumbra á los enfermos de la vol- untad al trabajo normal, redimiéndolos de la vagancia, causa, del setenta por ciento lo menos, de los casos de mendicidad crónica.

Con estas dos clases de estableci- mientos y una oficina encargada de montar pequeños negocios industria- les, comerciales y agrícolas y darlos á los más aptos, teniendo éstos que amorti- zar esta limosna-préstamo (la más ra-

cional y beneficiosa para la sociedad y sus protegidos) en largos plazos de tiempo ante los cuales serían investi- gados los negocios por ins ectores especiales de esta caridad provechosa y digna, quedaría implantado todo un sistema de eficaces medios que darían al traste con la miseria y por lo tanto con la mendicidad.

Esto mientras llega la implantación de las reformas sociales, del seguro obligatorio contra la inutilidad, las en- fermedades y el paro y el de retirós para la vejez, medios automáticos de desterrar la miseria ocasionada por estas causas, al propio tiempo que los Estados asignan, en sus presupuestos, cantidades para el sostenimiento de esos talleres correccionales para des- viados é inadapitados y recogimientos para los incapaces.

Inglaterra ha hecho algo de esto. Pero en este país todavía y en to- dos los demás se ha intentado y se in- tenta matar la miseria, reprimiendo la mendicidad que es su causa, solo se ha logrado por unos días, por unas se- manas á lo sumo pero al fin como la causa persiste, el efecto reaparece y los mendigos alargan de nuevo la mano pedigiéneando lacrimosamente por las calles.

Y esto ocurrirá mientras para dar un céntimo necesitamos los hombres ver miembros tullidos, lagados ó deformes decapitados desamparados ó miseria y abyección moral que haga extender suplicante la mano que podría recla- mar imperiosa un trozo de pan del mucha que se almacena criminalmente á se despijara con estupidez.

Robo audaz

Madrid 19 m.

Dicen de París que se ha efectua- do un robo que prueba la astucia de los ladrones.

Por una calle estrecha y muy con- currida, iba el cobrador de una im- portante sociedad, cuando un indivi- duo desconocido le salió al encuen- tro arrojándole á los ojos un puñado de pimienta molida y aprovechándose del dolor y la sorpresa de aquel empleado, se apoderó de ciento cin- cuenta mil francos que llevaba dán- dose á la fuga.

El ladrón no pudo ser alcanzado.

Partidos minúsculos

Fototipias

LOS CONCURDANEOS

La conjunción socialista de mote republicana, es, á ratos, terrorista, y á ratos, ultramontana. Tan pronto surge panista como se eriza tirana, ora llora, feminista, ora bufá soberana, ya es por lo libre puffista, ó por lo austera, espartana. Es artista: como tal flembra, liviana; como joven, camorrista; como licurga, mundañá; como letrada, sofista; gárrula, ardiente, galana, sincera, ruda, realista. Sol que lucirá mañana, si hay alguien que lo resista.

El partido "Amor y muerte", vigoroso es, funerario. Momia inerte, según frase de un canario, que le llama á la Reverie "mi querido secretario". Quimeriendo, es reaccionario; Melquiades, genio con suerte, un ruiseñor solitario; Pablo, un loco, un sanguinario, y Caídos, un punto fuerte. que se ha metido á empresario.

¡Quién, al verte, pueblo infeliz, macrenario, camino de tu calvario, no habrá de compadecerte? ¡Huid, no se desconcierte el esclavo itinerario, ¡Callad, que no se despierte el único propietario!

DIÓGENES.

Notas municipales

A-untos á tratar.

Para la sesión que mañana á las on- ce ha de celebrar nuestra excelentí- ma corporación municipal, han sido señalados para su despacho los si- guientes asuntos:

Diligencia de subasta del arbitrio establecido sobre los carruajes y caba- llería de lujo, adjudicada á D. Ernesto Martínez López.

Dictámenes de las Comisiones de Policía y Ensanche proponiendo se conceda licencia á D. Leopoldo Gar- cia Arzola, para cercar un terreno en Santa Lucía.

Idem de los de Propios y Ensanche, proponiendo se conceda la licencia de una inscripción de terreno de pro- piedad de D. Luis Ango to en la calle de Gisbert.

Idem de la de Ensanche accediendo á la petición de D. José María Díaz y otros propietarios, que solicitan entron- car sus predios con el alcantarillado.

Idem de la misma, sobre renuncia de los cargos de vocales de la Co- misión de ensanche, de los propieta- rios don Ricardo Spottorno y don En- rique Sánchez Bernal.

Nombramientos hechos por el señor Alcalde, para el desempeño de varios cargos, con el carácter de interinos.

Dictamen de la Comisión de En- sanche, proponiendo se autorice al se- ñor Alcalde para el nombramiento del personal necesario para el funciona- miento de las máquinas elevadoras de las aguas de limpia de alcantarillado.

Sentencia del Tribunal Supremo, en el pleito seguido contra este Ayunta- miento por don Juan Spottorno, refe- rente al Mercado de la plaza de la Me ced

DE SOCIEDAD

Ha regresado de Valencia y Bar- celona nuestro querido amigo y con- tertulio el consignatario de buques de este puerto D. Antonio Manzan- nares.

Bien venido.

La Ley de Reclutamiento

Madrid 1-9 m.

El presidente habló de la ley de Reclutamiento con motivo de las re- clamaciones formuladas en la Alta Cámara por algunos senadores.

Canalejas justifica la aplicación de la ley manifestando que si discrepa algo ha sido de lo que se ha tomado de las leyes similares que rigen en Inglaterra y Francia.

El Senado, continuó, puede exa- minar el Reglamento.

La ley no surtirá efecto hasta 1912.

Si no se hubiera comenzado ahora á aplicar se hubiera retrasado un año su cumplimiento.

Cortes escogidos

El escollo eterno

Aquel día tenía yo diez y seis años me paseaba por los caminos con el Amor.

Encontramos á un pobre diablo, semejante á un vagabundo ó á un

horrío, á quien los agentes de poli- cía empujaban y zarandaban con malas palabras.

Me acordé de haber leído en un libro que me había en sus ojos azules algo como un recuerdo de goces lejanos. Le pregunté qué ha- bía hecho para verse en tan misera situación.

—He amado—me dijo.

Algo más lejos, en el mismo ca- mino, vimos un mendigo estropea- do. Con una muleta debajo de cada brazo se arrastraba penosamente, dejando colgar inmundos harapos; ya no había dientes en su boca; sus ojos estaban apagados como los de un centenario, por más que no fue- ra quizás muy viejo.

Me aproximé al mendigo. Me pa- reció que había en sus páldos labios algo como un resto de sonrisa. Le pregunté lo que había hecho para merecer haber caído en tal estado de ruina y abyección.

—He amado—me dijo.

A la vuelta de un sendero, avista- mos á un hombre con una cuerda al cuello, que estaba colgado en las ramas. En medio de aquella bella mañana presentaba un espectáculo horrible con su faz violada; una len- gua hinchada le salía de la boca y aunque no estaba muerto del todo, estaba más espantoso que un cadá- ver.

Me arrimé al ahorcado. Me figu- ré que había en su frente algo como un fulgor de triunfo. Le pregunté qué aventura le había incitado á de- sear y buscar la muerte.

—He amado—me dijo.

Entonces el dios Amor con quien me paseaba por los caminos, se vol- vió hacia mí y me preguntó:

—¿Tú que tienes diez y seis años, tú que entrarás mañana en la vida misteriosa, ¿qué harás en tu vida, niño?

—¿Amaré!—le contesté.

Catulle Méndez



DIARIO COMICO ACTUALIDADES

—¡Bien por el jefe victorioso! ¡Qué esbitez, que arrogancia, que bravura!

Y el rey Turigi trunca, el ceño al escuchar ta- les palabras, y los bravos mudéjares de su guar- dia real, que eran, como valientes, entusiastas; aplaudían al mancebo; y algunos exclamaban con entusiasta entonación.

- ¡Cómo baja la cuesta!
- ¡No teme despeñarse!
- ¡Bravo, bravo!
- ¡Valiente, más que valiente audaz!
- ¡Merece una corona!
- ¡Alah, Allah, Akbah! (1)

En tanto que esto sucedía, desfiló el anciano por la espalda del rey, y llegando á una puerta de la parte inferior de la masada, descorrió los cerro- jos con cautela y dejó penetrar veinte soldados, indistintos todos ellos, del tercio viejo de Mejía, ar- mados con espada y pataletes. El viejo, por su parte, se quitó el alquicel, se desprendió las bar- bas de la cara y quedó convertido desde luego en un bravo y apuesto capitán de la española infan- tería.

(1) Interjección religiosa que usan los musulmanes para ex- presar su alegría.

capitán, que ese joven morisco no es un traidor vulgar y que no es la codicia el móvil que le guía. Ya veáis como acierto.

Pods tardaros en llegar á Ayora.

El morisco traidor no pareció aquel día, ni el si- guiente, ni nunca; lo que hizo sospechar á todos que recibió el castigo de los ayos.

Y, sin embargo, se enagastan.

Mientras se justificaban á Turigi, Estrella se comia los campamentos tratando de ganar partido en fa- vor de Ismael.

Al emprender estos trabajos contaba con el triunfo, la mortaja, porque Turigi, con un iamote- rado despotismo, habíase enagastado la buena vo- luntad de sus vasallos, y una gran parte de ellos había puesto los ojos en el joven, que, modesto y valiente, hizo sentir la humillación á las mejores tropas españolas sin mostrarle engreído después de la victoria que alcanzara; pero se equivocó la enemorada joven.

El virey de Valencia, que se hallaba en Ayora, de acuerdo con Mejía hizo dar libertad á los mu- djéjares que fueron apreados con su rey, asegu- rándoles, en nombre de S. M., que á los moriscos que se sometieran les sería perdonado su delito. De otro modo; les dijo, —serán pasados á cuchillo y como transcurrieron muchos días sin que reali-

el rey, aun á pesar de su defensa heroica, le de- armaron y prendieron.

No había pasado media hora cuando bajaba de la sierra un cerrado escuadrón, en cuyo centro iba el rey moro montado en una mula y con las ma- nos aherrojadas.

Diez ó doce mudéjares, con los vestidos desg- radados y manchados de sangre, iban tras de su rey trincados fuertemente por los brazos y entre una doble fila de soldados.

Precedía al escuadrón un capitán y otro seguía tras él.

Clavó este las espuelas al caballo y uniéndose al primero preguntó:

—¿Y el mancebo morisco?

—¿No iba con vos, Po todárrero?

—No pardiez, Carbajal. En verdad que me ex- traña la inexplicable ausencia de ese mozo.

—Sin duda,—le dijo Carbajal,—ha corrido á anunciar que se ha cumplido su traición para que le preparen los escudos. ¡Al fin sangre moris- ca!

—No pienso como vos,—le replicó Portocarre- ro.—Yo creo que esa traición obedece á otra cau- sa muy contraria.

—¿Qué causa es la que presumís?

—¿Y qué diablos sé yo, poró, puedo adivinaros,